



El escritor mexicano Roberto Wong. GALAXIA GUTENBERG

ROBERTO WONG

Cartografía del delirio

EL LIBRO DE LA SEMANA

El joven escritor mexicano Roberto Wong propone una experiencia literaria audaz y transgresora por la que obtuvo el I Premio Dos Passos a la Primera Novela.

POR ANTONIO J. UBERO

■ *París D.F.* es lo que el lector desee que sea: un relato de intriga, una historia de amor, un viaje lisérgico por los arrabales del anhelo insatisfecho... Es inútil buscarle un sentido concreto o racional a esta novela más allá de lo que cada cual interprete, y he ahí donde radica la originalidad y, por qué no, su grandeza. “Quiero implicar al lector en la historia que narro en esta novela, que se sienta partícipe en la peripecia de sus personajes y, como ellos, experimente esa sensación de desconcierto que se expresa en la confusión de las dos ciudades, París y México D.F.”, comenta **Roberto Wong**, autor de una obra inclasificable con la que ha obtenido el Premio Dos Passos a la Primera Novela, convocado por la agencia homónima y la editorial Galaxia Gutenberg.

Ya desde su primera página se percibe que *París D.F.* no tiene nada de convencional. El cálculo de proporciones que el protagonista (o uno de los protagonistas) realiza para superponer los planos de París y México DF, y fusionar de esa forma las dos ciudades en un mapa imaginario por el que transita (o transitan) en busca de una vía de escape de la rutina que lo abrumba, muestra claramente un itinerario trazado con una mezcla de realismo crudo y fantasía delirante que se muestra tan tentador como imprevisible.

La visión del cuerpo abatido a tiros del joven que acaba de atracar la farmacia en la que trabaja ejerce un efecto devastador en Arturo, un joven fantasioso e introvertido, obsesionado con huir de su rutinaria vida hacia un París idealizado en su mente como ese lugar donde es posible hacer realidad sus deseos. Pertrechado con ese mapa superpuesto emprende una frenética búsqueda de las razones que den sentido a la tragedia vivida. Un viaje que le conducirá al delirio y a la autodestrucción.

“He querido reflejar en ese relato el hartazgo del protagonista como un signo de la vida moderna. Arturo vive perdido en sus obsesiones, pero es incapaz de cumplir sus anhelos porque está asustado. Aunque no se atreva a dar el paso y viajar, la peripecia se narra desde el pun-

ROBERTO WONG
París D.F.
► GALAXIA GUTENBERG

La ciudad inalcanzable

► Arturo es un joven mexicano que vive obsesionado con viajar a París para huir de su anodina vida. El atraco a la farmacia en la que trabaja cambiará su vida, desatando sus fantasías en una experiencia autodestructiva.



to de vista del exiliado aunque la historia se sitúe antes de partir”, explica Wong.

De esa forma, París se muestra con un aspecto de postal, en contraposición con la realidad de la ciudad mexicana. Es el síndrome de Ulises llevado al extremo, el exiliado que nunca llega a exiliarse realmente. He ahí uno de los elementos más originales de esta novela.

Otro es el indisimulado homenaje que el autor rinde a una ciudad “que se considera un símbolo para los escritores hispanoamericanos”, el destino de muchos de aquellos grandes autores que encontraron en la capital francesa ese lugar donde encontrar la inspiración y alimentar su ingenio creativo. Sin embargo, Wong ofrece la imagen de un París anhelado, no gozado, lejano y difuminado por una realidad que se impone a cada paso que da su personaje.

Sus andanzas por esos universos superpuestos que siente e imagina a la vez, en un intento desesperado por escapar de su entorno opresivo, le conducen a explorar esa realidad obstinada que encarnan los personajes que le rodean y los que va encontrando a su paso: sus compañeros de trabajo, una prostituta pragmática, un policía corrupto o una pitonisa piadosa. Todos ellos corresponden a la intención de Wong de “mostrar la ciudad de México en toda su dimensión humana, reflejando el habla cotidiana, las actitudes de sus gentes y la violencia; y todo ello como fruto de una labor de escucha y observación”.

Con todo, **Roberto Wong** ha conseguido una novela compleja y apasionante, estremecedora y amarga. Un relato con el que demuestra un portentoso dominio del lenguaje literario y una asombrosa capacidad de observación, tanto de los ambientes en los que se desarrolla la acción como del comportamiento humano. Una novela que descubre a un gran escritor.

VUELTA DE HOJA

Antonio J. Ubero



Leer libros, comprar libros

■ Aunque suene redundante es preciso recalcarlo siempre que sea posible: en España se lee muy poco. Y eso se nota una barbaridad. Basta con hacer uso de nuestra condición de ciudadanos, y salir a la calle a realizar cualquier tarea cotidiana para comprobar que se lee muy poco. La gente habla mal, a gritos para hacerse entender pues carecen de argumentos convincentes o aptitud para defender sus posturas con la palabra, o sencillamente no habla. Hace unos días tomaba café en la terraza de un bar, y en la mesa de al lado cinco jóvenes consumían sin dirigirse la palabra, cada uno de ellos agarrado a su teléfono móvil vaya usted a saber haciendo qué, o quizás estuviesen hablando entre ellos mediante mensajes de texto. Quién sabe. El empleo de muletillas coloquiales es abrumador, pues sin ellas muchos son incapaces de sostener cualquier frase: esta es la ciudad de los ‘achos’ y ‘achas’, como cualquier otra puede serlo de los ‘tíos’ y ‘tías’, o de los ‘quillos’ y ‘quillas’. El empobrecimiento del lenguaje, sometido a un despojo sistemático de letras para servir a la urgencia de los tiempos, no contribuye más que a embrutecer al individuo liberado de ataduras lingüísticas.

Sin leer no es posible disfrutar de la vida. Es triste que disponiendo de todas las oportunidades posibles para cultivar el intelecto, la gente prefiera renegar del conocimiento. En esa tesitura, es comprensible que los medios de comunicación o los personajes públicos simplifiquen su lenguaje hasta convertirlo en pueril. Basta con oír cualquier debate político para sentir una desazón terrible. Ya no es que los políticos sean incapaces de pronunciar un discurso sin necesidad de leerlo, es que sus intervenciones públicas resultan tan pobres que cuesta un trabajo enorme darles crédito, y mucho menos confianza.

La pregunta que me hago cuando observo todas estas cosas es si merece la pena el esfuerzo para convencer a toda esta gente de que leer es bueno para la salud. O si, en cambio, deberíamos dejarla por imposible y que se revuelque en su ignorancia. Al fin y al cabo, la amenaza que supone la estupidez para cualquier sociedad está más que asumida en la nuestra, y la única esperanza sería que los más jóvenes aprendieran a no ser como sus mayores.

A pesar de todo, aún somos muchos los españoles que queremos saber más, que leemos habitualmente y sabemos lo que sucedió hace 30 años por lo menos. Esa es la gente que merece la pena. Es duro admitirlo, pero el único camino que nos queda a quienes nos importa el conocimiento es dejar de pensar en los que lo desprecian. Allá ellos si no saben lo que se pierden condenándose a la incultura. El mal ya está hecho y difícilmente podremos escapar a sus consecuencias. Así que no queda otra opción que la supervivencia y la lucha por defender nuestras privilegiadas posiciones.

El siguiente paso es que la industria del libro sea capaz de entender que la batalla de la ignorancia está perdida, y no queda otro remedio que el elitismo intelectual. Adaptar la oferta a ese tercio de la población capaz de valorar un libro es el gran desafío para quienes se dedican a esa labor.

El auténtico esfuerzo es procurar que los lectores compren libros. Que entiendan que la inversión es demasiado pequeña para el enorme provecho que proporciona, y cuidar sobre todo el gusto por acercarse a la librería y elegir la lectura que se prefiera.

Aún queda mucho por hacer y hay buenas expectativas siempre que se conozca su alcance, y el esfuerzo se adecúe a ellas. La misión ahora del productor es buscar y cuidar al lector, proporcionarle los mejores títulos, orientarle, asesorarle y compartir con él la maravillosa experiencia de la lectura. Es necesario dejarse de jeremiadas y mirar al futuro con optimismo. Aún quedan lectores en España y posiblemente habrá más dentro de un tiempo.